

La educación en el proyecto político de Hostos

José Luis Méndez

De todos los conocimientos que Hostos cultivó en su vida, la educación fue quizás el único en el que su entrega en cuerpo y alma produjo resultados tangibles que éste pudo conocer y disfrutar durante su vida. En todas las demás disciplinas y proyectos en los que este ilustre puertorriqueño participó, su obra fue antes que nada la de un “sembrador”, como le llamó Juan Bosch, el cual desafortunadamente no pudo generalmente ver los frutos de sus semillas.

En la educación, por el contrario, algunas de las semillas que Hostos sembró germinaron rápidamente y el sembrador pudo conocer sus frutos, otras tardaron más tiempo y sus resultados no se vieron hasta después de su muerte y algunas siguen todavía sin aflorar. Son precisamente esas semillas cargadas de futuro, las cuales no encontraron terreno fértil en la época en que Hostos vivió, ni aún en los años que nos separan de su muerte, las que mayor interés podrían tener para nosotros en este momento.

Para poder desentrañar el sentido de estas ideas, primeramente, tenemos que aclarar que no se puede ver a Hostos como un educador interesado exclusivamente en la pedagogía, de la misma manera que tampoco podemos concebirlo como un sociólogo o un científico social dedicado únicamente a la actividad analítica. Para el sociólogo y educador puertorriqueño, la educación y las ciencias sociales fueron los principales instrumentos para la transformación integral del mundo y para el logro de la justicia y la modernización. Ahora bien, la primera prioridad para Hostos fue: transformar revolucionariamente el mundo, liberar a las Antillas del yugo colonial español, modernizar la América Latina, sentar las bases para una sociedad justa igualitaria, laica, inteligente y no alienada en la que la ciencia y la educación serían tanto las forjadoras como la mejor garantía para el logro y el mantenimiento de una vida mejor.

En otras palabras, las Ciencias Sociales, al igual que la Pedagogía, fueron para Hostos tanto un fin en sí mismo como un medio para alcanzar la modernización y la transformación integral de la realidad. Fueron un fin en sí mismo porque el ideal de vida a que Hostos aspiraba era el de una humanidad racional, justa y de un gran compromiso ético, educada en una visión científica y laica de los procesos naturales y sociales. Por esa razón, además de su activismo político y de su actividad pedagógica, Hostos tuvo un papel muy destacado en el desarrollo de la sociología en América Latina y de las ciencias sociales en general. Para entender el alcance de esa aportación es necesario no perder de vista que al igual que en Europa, las ciencias sociales en América Latina se desarrollaron como parte del proyecto político de un grupo social. Sus principales elementos constitutivos tenían metas comunes como: (1) la

modernización; (2) la secularización del pensamiento; (3) la búsqueda de la cohesión y de la estabilidad tanto política como social; (4) el establecimiento de un orden democrático bajo la hegemonía de “la clase pensante”; (5) el logro de un desarrollo económico sostenido; (6) la adopción de una nueva lógica definida como científica para la comprensión y la explicación de los problemas históricos y sociales; y (7) la utilización de esa lógica “científica social” en las proyecciones de cambio o ajuste revolucionario y en la conducción política de las sociedades.

A pesar de esos elementos en común, también había diferencias muy importantes entre el programa político y social subyacente en las ciencias sociales europeas y el proyecto de cambio que dio impulso al pensamiento científico social latinoamericano. La principal diferencia de estos dos esquemas de pensamientos situados entre uno y otro lado del Atlántico fue evidentemente el impacto que tuvo sobre ellos el colonialismo. Mientras los países europeos en donde surgieron las ciencias sociales fueron- no por casualidad- las principales potencias coloniales que sometieron y explotaron a los pueblos bajo su dominación en el mundo, en América Latina la situación era todo lo contrario. Su nacimiento como entidad diferenciada, aunque fragmentada en varios estados diferentes, fue el resultado de una revolución anticolonial contra España, cuyo último capítulo tuvo su desenlace en 1898, cuando concluyó la guerra hispano- americana.

Aunque la mayor parte de los países de Sur y Centro América obtuvieron su independencia en las primeras décadas del siglo diecinueve, el problema colonial de América Latina estuvo presente hasta los albores del siglo veinte. Esto es así, no únicamente por el dominio colonial que España continuó ejerciendo sobre Cuba y Puerto Rico hasta el 1898, sino también porque aún después de la independencia formal de la mayor parte de los países latinoamericanos, el colonialismo siguió viviendo en el pensamiento, las instituciones, los valores y las actitudes de los pueblos recién independizados.

Uno de los primeros autores en entender en toda su magnitud el problema de la colonización del pensamiento en esta región y proponer alternativas para superarlo fue precisamente Hostos. Por otra parte, él nunca se cansó de recordar que la independencia de América Latina era un proyecto inconcluso, mientras dos de sus países principales; Cuba y Puerto Rico permaneciesen bajo el yugo del colonialismo español.

La primera manifestación coherente de esa visión general del pensamiento hostosiano sobre el colonialismo en América vinculada a las ciencias sociales fue la defensa del “Programa de los independientes” que Hostos redacta entre octubre y noviembre de 1876 en Nueva York. En esa defensa, el intelectual puertorriqueño enmarca la aspiración de los Independientes tanto en “la política activa” como en “la ciencia política”. Por esa razón, apoya lo establecido en el texto del programa, por un lado en los principios de soberanía, independencia y derecho público promovidos en el “Grito de Yara” y en la “Constitución de Guáimaro”. Pero, por otro lado,

vincula su reflexión al legado intelectual de las expresiones históricas de una política científica las cuales de acuerdo con él:

deducen de la naturaleza humana y de las condiciones naturales de la vida social, los principios en que fundan los derechos del hombre y la organización de la sociedad civil.

(Obras Completas)

Al poner la ciencia y la naturaleza de su parte, Hostos se propone no únicamente dar mayor credibilidad a su proyecto independentista y confederativo, sino también sentar las pautas de un ambicioso programa cultural en el que la liberación política y la unidad antillana y latinoamericana tendrían que ir de la mano con la descolonización del pensamiento. El vehículo para esa tarea era la ambiciosa reforma del saber y del método que a nombre de la ciencia y bajo la égida ideológica del positivismo había propuesto en Francia, Auguste Comte. A pesar de adoptar a grosso modo la propuesta comtiana para dar mayor carácter científico al pensamiento social, Hostos no fue en términos generales un positivista típico.

En la época en que este autor se enfrasca en el estudio y la divulgación del pensamiento científico social, la mayoría de estas ciencias eran disciplinas en formación cuyos cuerpos teóricos y esquemas intelectuales estaban a penas gestándose y las cuales, además de los problemas que eran inherentes a su corta edad, arrastraban varias limitaciones y confusiones compartidas por casi todos sus cultivadores. Hostos no fue la excepción a esta regla.

Su concepción organicista de la sociedad, su fe en la mayor parte de los postulados del positivismo, así como el excesivo optimismo de sus escritos sobre el alcance y las posibilidades de las disciplinas que cultivó, eran parte de los determinantes históricos y sociales de su concepción del mundo, pero también expresiones de las circunstancias particulares que configuraron los esquemas teóricos y el programa de la mayor parte de estas disciplinas. A pesar de esos elementos en común con el pensamiento científico social de su época, la obra de Eugenio María de Hostos tiene también elementos y características muy particulares que hacen de ella una creación intelectual de gran originalidad.

Ambiente intelectual del conocimiento y de las ciencias sociales decimonónicas

Para poder desentrañar esa particularidad y entender plenamente el significado objetivo de la obra hostosiana, es necesario detenernos aunque sea brevemente en el ambiente intelectual del conocimiento y de las ciencias sociales decimonónicas, ver cuáles eran sus problemas y sus logros principales, analizar el alcance y las limitaciones de sus esquemas teóricos y de sus instrumentos conceptuales y reflexionar cuidadosamente sobre los elementos en común y las diferencias -por lo menos- programáticas que surgieron entre las ciencias de la sociedad y la filosofía. Esta última interrogante es de vital

importancia porque fueron varias las ciencias de la sociedad cuyo objeto de estudio así como su programa intelectual estaban enmarcados en una declaración de independencia en relación con la filosofía.

El mejor ejemplo de esto es la sociología, disciplina cuyo valor científico original y legitimidad práctica lo presentó Auguste Comte por medio de su teoría de los tres estados como una superación de lo que él llamó la metafísica, recurriendo para ello a una definición muy diferente del significado que le dio Aristóteles a esta palabra. Aunque su meta no era crear una ciencia de la sociedad de aceptación universal ni de categoría universitaria, sino brindar el razonamiento científico necesario para llevar a cabo una revolución proletaria Marx también tomó distancia de la madre de las ciencias cuando proclamó en sus famosas tesis sobre Feuerbach: "Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo".

A pesar de las diferencias abismales entre Karl Marx y Auguste Comte, el pensamiento de ambos autores se inserta perfectamente en el espíritu de la época. Tanto la posición de Comte sobre el carácter metafísico del pensamiento del Siglo 18, como la distancia que Marx establece entre su pensamiento y el de los filósofos alemanes del Siglo 19 tiene como elemento en común la pasión decimonónica por fundar una ciencia social objetiva, de carácter no especulativo, cuyo entronque con la realidad debía tener un propósito esencialmente práctico.

Hostos estaba plenamente identificado con esa aspiración y compartía la confianza de la intelectualidad decimonónica en la posibilidad de conseguir una alta eficiencia técnica y económica a través de una mayor especialización, así como el interés de esta por investigar de una manera sistemática los problemas de la división del trabajo. También al igual de lo que constata John H. Goldthorpe en relación con Durkheim y Comte, Hostos manifestó mucho empeño por «establecer nuevas bases de consenso social en medio de los conflictos económicos y la diversidad de códigos morales».

El interés de Hostos por estos asuntos hay que enmarcarlos, no obstante, en su concepción general del ser humano y del universo y forma parte de su confianza en modificar la realidad social y controlarla. Para ello recurre a la ciencia y da riendas sueltas a su sed insaciable por ampliar y organizar científicamente el conocimiento. A tales fines, Hostos se propuso no sólo organizar y difundir el pensamiento sociológico a través de las «lecciones» que impartió en 1883 en Santo Domingo y las «conferencias» que dictó en ese país en 1901, las cuales sirvieron posteriormente a sus discípulos para publicar su **Tratado de Sociología**, también impulsó otras disciplinas. Por eso, fue cofundador en 1877 del Instituto de Ciencias Sociales de Caracas e inauguró en 1878 la primera Cátedra de Economía Política que se estableció en Venezuela.

En los trabajos de Hostos en cada una de estas áreas prevalece, no obstante, una concepción interdisciplinaria de los procesos cognoscitivos en

la que se mezclan de una manera muy especial los enfoques Psicológicos, Antropológicos y sobre todo Sociológicos.

La razón para ello es evidente, el pensamiento científico, social hostosiano, se desarrolla como parte integrante del compromiso político de Hostos con la independencia de Cuba y Puerto Rico, y con la Federación Antillana, su esfuerzo por contribuir a la Modernización de América Latina, su visión rigurosamente moralista de las Leyes y su entrega total a la educación de las sociedades latinoamericana. En otras palabras, en Hostos las teoría y la práctica social van de la mano. Tanto las ciencias sociales como la pedagogía surgen en su pensamiento como un auxiliar intelectual del cambio y las transformaciones sociales y políticas y a la inversa. Los esquemas intelectuales y los recursos teóricos que éste adopta, están configurados por necesidades prácticas y se presentan como elementos constitutivos de las respuestas que éste ofrece a los problemas que le interesa confrontar.

Trayectoria intelectual de Hostos

Por esa razón, para entender de una manera rigurosa el significado exacto del pensamiento de Hostos es necesario analizar la génesis de cada una de sus categorías mentales y de sus formulaciones teóricas y ver las relaciones de estas con el conjunto de la obra y la creación cultural hostosiana. Desde esa perspectiva, no podemos olvidar que Hostos comenzó su actividad intelectual como novelista, continuó durante los primeros años como articulista y defensor de la revolución liberal en España y de la causa antillana en América. Su reflexión fue abordando géneros y disciplinas nuevas a medida que se afianzaba su compromiso con las causas a las que dedicó toda su vida.

Durante esa trayectoria, Hostos fue primero romántico, luego liberal y casi simultáneamente krausiano. Abrazó posteriormente el positivismo y evolucionó durante su período de madurez hacia una concepción original y ecléctica del mundo en la que muchos de los elementos de las doctrinas en las que este creyó durante otras etapas de su vida no desaparecieron totalmente. Estas doctrinas se redefinieron a la luz de una nueva concepción del ser humano y del universo.

El propósito de esta reflexión es en gran medida establecer ¿cómo se fue gestando esa concepción original de mundo? ¿Cuáles fueron los acontecimientos históricos y sociales que ayudaron configurarla? Y ¿cuál es el significado y la importancia de esa aportación intelectual para nuestra época?

La reflexión propiamente científico-social de Hostos comenzó a manifestarse, aunque de una manera todavía muy incipiente, desde las novelas y los artículos que éste escribe durante sus años de estudiante en España.

Su posición en ese momento es cónsona con la formación jurídica de Hostos, cuyo principal legado es el hecho de ser uno de los principales elementos constitutivos de su visión liberal y moralista del mundo, la cual se basaba en un radicalismo democrático que aspira a refundar la sociedad sobre una base de equidad, justicia y progreso.

La llegada de Hostos a Nueva York a fines de octubre de 1869 fue el inicio de una nueva etapa en su militancia política en la que este toma partido a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico y de la lucha armada revolucionaria y se opone a las corrientes anexionistas de algunos miembros de la Junta Revolucionaria Cubana. A partir de ese momento, Hostos va a concebir la independencia de Cuba y Puerto Rico como un paso para el establecimiento de la Confederación Antillana y una culminación del Proyecto Bolivariano para la liberación total y la unidad de América Latina.

Como parte de esta nueva postura, Hostos emprende en 1871 una peregrinación por América Latina, la cual a través de diferentes períodos le permite recorrer la mayor parte de las nacientes repúblicas del continente suramericano para promover el apoyo a la independencia de Cuba y Puerto Rico. Durante esos recorridos, Hostos se involucra en la discusión de los problemas políticos, económicos y sociales de esos países, se relaciona con los sectores intelectuales que promovían en ese momento una nueva racionalidad de orientación histórica y sociológica para ayudar a impulsar la modernización de las nacientes sociedades y va dando los primeros pasos certeros en la elaboración de su concepción original del mundo.

Un momento muy importante en ese proceso es su primera estadía en Chile a principios de la década del setenta. Durante esa etapa, Hostos escribe varios de sus ensayos más conocidos como «La Educación Científica de la Mujer», su «Biografía de Plácido», y el «Ensayo Crítico sobre Hamlet». Además recibe un Primer Premio por su «Memoria de la Exposición Nacional de Arte e Industria» de Santiago, y publica la segunda edición de su novela **La Peregrinación de Bayoán**. En el Prólogo a esta segunda edición de su primera novela, el cual data del mes de junio de 1873, Hostos hace público su abandono del género novelístico y anuncia que su visión de mundo había entrado gracias a un proceso de maduración en ruptura total con el romanticismo.

En este Prólogo, Hostos define las letras como «el oficio de los ociosos», se queja de que existían en ese momento en el mundo «demasiado espíritus vacíos» y afirma que él no deseaba ser «uno de tantos habladores», que eran «incapaces de realizar lo que más falta hace en el mundo: hombres lógicos». Su interés por la Pedagogía y las Ciencias Sociales es parte de esa aspiración de vivir a la altura de lo que debería ser un «hombre lógico».

La meta de esta nueva postura era combatir a través de una nueva racionalidad el legado intelectual del período colonial español, el cual, como Hostos explica en Septiembre de 1872 en su «Memoria de la Exposición Nacional de Arte e Industria», se fundaba en el feudalismo territorial, la esclavitud de la propiedad y del colono, la irresponsabilidad del poder y la esclavitud del ciudadano. En ese momento, las repúblicas latinoamericanas tenían sólo sesenta años más o menos de vida independiente, pero aunque algunos países como Chile ya habían logrado en ese tiempo mucho progreso según Hostos, todavía les quedaba un gran camino por recorrer.

Además de luchar por la independencia de Cuba y Puerto Rico, Hostos quería hacer una contribución intelectual que ayudara a acelerar ese progreso. Su cultivo de la Pedagogía y de la Ciencias Sociales durante sus años de Peregrinación fue una pieza clave de esa contribución. Por eso, dejó alguna huella en todos los países de América en los que se desplazó su actividad pedagógica y su reflexión científico social. A pesar de que sólo estuvo cinco meses en Argentina a donde llega el 30 de septiembre de 1873 para salir en febrero de 1874, la estadía de Hostos en ese país coincidió con el momento cuando se producen las primeras aportaciones importantes que se hacen en esa nación a las ciencias sociales y con el período en que el positivismo argentino se enfrenta al intento del catolicismo por mantener y extender su influencia ideológica sobre el país.

Hostos interviene con mucha pasión en ese proceso, participa activamente en los debates, escribe constantemente en la prensa nacional argentina sobre los temas más polémicos, e interactúa con los partidarios de su concepción democrática y modernizante de la vida política y social para ayudar a configurar un proyecto de desarrollo nacional en ese país. En esa participación, Hostos esboza su posición sobre problemas como la emigración, la educación, el desarrollo económico, la organización administrativa de la aún nueva república y la importancia de la moral en la actividad política.

Los propósitos de la peregrinación de Hostos

Después de su corta estadía en Argentina, Hostos lleva a cabo una breve visita a Brasil y en abril de 1874 regresa a Nueva York, donde continúa su lucha a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Luego del fracaso en 1875 de la expedición que debía llevarlo a Cuba para integrarse a la lucha armada de los patriotas independentistas, Hostos se establece en Puerto Plata, República Dominicana, donde conoce a Gregorio Luperón y Federico Henríquez y Carvajal

En Puerto Plata, Hostos se inicia en el magisterio, funda y dirige los periódicos «Las tres Antillas» y «Los antillanos» y establece la sociedad -escuela «La Educadora» por medio de la cual se esperaba poder educar y concienciar al pueblo. Al igual que en los países donde había estado durante su primera peregrinación por América del Sur, Hostos combina el activismo en la lucha independentista con la actividad pedagógica y con la reflexión científico-social. También al igual que en aquellos países, Hostos promueve en ese momento en Santo Domingo un proyecto modernizador de desarrollo social en el que se pone énfasis en el fomento de la emigración, el establecimiento de un buen transporte ferroviario, el equilibrio entre la producción agrícola y manufacturera y sobre todo, el fomento de la educación y de la moral, así como de una adecuada actitud hacia el trabajo.

Esa primera estadía de Hostos en la República Dominicana fue, sin embargo, muy corta. En 1876, el peregrino puertorriqueño regresa a Nueva York donde redacta el programa de la «Liga de los Independientes», cuyo

texto y su defensa aparecieron en «La Voz de la Patria», Semanario de la emigración cubana editado en Nueva York.

Durante su estadía de año y medio en Venezuela, donde Hostos se casa y permanece entre 1876 y 1877, su interés por las ciencias sociales va a estar cada vez más vinculado a la pedagogía y en particular a la aspiración de implantar una enseñanza orientada por principios positivos y un papel más dinámico del estado en el proceso educativo.

Al igual que las «ciencias sociales» en general o en la «sociología» en particular, el conocimiento pedagógico tiene para Hostos un propósito práctico: contribuir a dar dirección intelectual clara a su proyecto político y ayudar a formar adecuadamente a las nuevas generaciones que pasarían a la vida social activa. Ese último propósito fue ocupando progresivamente un lugar cada vez más importante en la vida de Hostos. Este hecho se hace sobre todo patente con la llegada de Hostos a Santo Domingo, la cual inicia una etapa en su vida, en la que el militante independentista que había partido años antes en peregrinación por América Latina, se convierte cada vez más en el Maestro de América.

Aunque comenzó a cobrar forma en Venezuela, el Maestro de América se configuró plenamente como tal en Santo Domingo. Hostos -dice Juan Bosch- "figura por derecho propio entre los cinco forjadores de la patria dominicana". Su aportación principal a la república hermana fue como todos sabemos, enseñar a pensar a los dominicanos, crear las instituciones necesarias para educar, no sólo a las futuras elites dirigente del país, sino a todo el pueblo, sembrar la semilla de la conciencia cívica, del patriotismo nacional y antillano y promover la modernización, la racionalidad y la moral social.

Cuando sale de Venezuela el 4 de junio de 1878, Hostos pasa por Puerto Rico, pero no desembarca. Sigue hasta Saint Thomas, donde permanece por una temporada. Luego de viajar a Santo Domingo, parte de allí en septiembre hacia Puerto Rico donde permanece hasta el mes de marzo del año siguiente.

La llegada de Hostos en 1879 a Santo Domingo fue el inicio de una nueva etapa en su vida. Durante ese período, funda y dirige en la capital la primera Escuela Normal del país, así como la Escuela Normal de Santiago de los Caballeros, expone su visión pedagógica y práctico-científica de la educación, inaugura la cátedra de Economía Política en el Instituto Profesional y dicta a sus alumnos las lecciones de sociología que más tarde se incluyeron en el **Tratado de Sociología**. Además, publica sus **Lecciones de derecho constitucional**, así como la **Moral social** y funda una Escuela Nocturna para la clase obrera.

A pesar de una situación política adversa, Hostos convirtió a Santo Domingo en el centro de su proyecto de vida antillana y en el laboratorio de sus aspiraciones pedagógicas. De acuerdo con Rodríguez Demorizi:

El Maestro quería que Santo Domingo fuese la “nación generatriz de la gran nacionalidad antillana”. En ella Santo Domingo tendría el sitio glorioso señalado por el Apóstol. Entonces en las nuevas islas helénicas, en las islas fraternas, junto a los padres de las pequeñas patrias se alzarían las altas figuras de los padres de la Patria Mayor: Hostos, Betances, Martí, Máximo Gómez, Luperón.

Es importante no perder de vista que en ese momento Santo Domingo era la única de las Antillas hispanas que había alcanzado la soberanía política. Sin embargo, tanto la inestabilidad política como el subdesarrollo pesaban fuertemente sobre las aspiraciones hostosianas.

A pesar de que obtuvo su independencia de España en 1821 sin derramamiento de sangre de 1822 a 1844, Santo Domingo estuvo bajo la dominación haitiana, en 1861 fue anexada de nuevo a España y en 1865 se restableció otra vez la independencia. Además de ello, en 1869 el Presidente Dominicano, Buenaventura Báez, pretendió anexar el país a los Estados Unidos.

La llegada de Hostos a Santo Domingo en 1879 fue también un factor muy positivo para el proceso de modernización, el establecimiento de una racionalidad burguesa y de una mentalidad progresista y para la toma de conciencia de la intelectualidad dominicana de la necesidad de educar para dejar atrás el caudillismo, el atraso de los sectores seculares tradicionales y la mentalidad precapitalista. Durante ese período, Hostos viaja por el interior de la República Dominicana y donde quiera que pasa, mira con ojos modernizadores y expectativas pedagógicas y escribe en la prensa dominicana sus impresiones.

A pesar de la gran cantidad de dificultades y del atraso que encuentra, Hostos cifra grandes expectativas en la República Dominicana, como centro de su proyecto unitario. Su ensayo “La que algún día será una gran nacionalidad” expresa claramente esas expectativas. De acuerdo con la lógica hostosiana, “Cuba, Jamaica, Santo Domingo y Puerto Rico” son “miembros de un mismo cuerpo”, “fracciones de un mismo entero”, “partes de un mismo todo”. “Lo que puede ser una gran nacionalidad”, afirma Hostos, no es la República Dominicana como se conocía en ese momento, ni Cuba o Puerto Rico sometidas aún al colonialismo español. Todos estos países podrían llegar a ser naciones considerables, pero sólo si se unen para formar una gran nacionalidad.

Importancia de la República Dominicana

¿A cuál de las Antillas corresponde la iniciativa en esa obra? Se pregunta Hostos y él mismo responde: necesariamente ha de ser la única de las tres que es independiente. Para que la República Dominicana pueda ejercer su liderazgo, Hostos propone, sin embargo, “un plan metódico y un sistema de conducta que propicie la civilización de la República”. De acuerdo con esa lógica:

La República no podría considerarse civilizada, ni aún en vías de concienzuda civilización, hasta que haya empezado a poblar del modo más expansivo, su territorio despoblado, hasta que haya sabido poner en producción todas sus fuentes de riqueza natural, hasta que haya fundado un sistema racional de estas, que la conscienta establecer sin restricción el libre cambio universal: hasta que educada por el libre cambio de productos, adopte el libre cambio de ideas, y olvidando el exclusivismo colonial de España, que aún conserva, abra de veras sus puertas a los hombres de todas procedencias, de todas las religiones, de todas las opiniones y abra su alma a todos los efluvios del pensamiento humano.

Como se puede ver, para Hostos el “libre cambio de las ideas” que necesita de la democracia es inseparable de un plan metódico de desarrollo intelectual que necesita de la educación y sin el cual el progreso económico cívico y político resulta imposible. Todo ese esfuerzo debía, según éste, converger en un bellísimo resultado:

Sobre este orden económico-social se establecerá por sí mismo un orden jurídico que hará de la noción del derecho y el deber la base de las relaciones políticas, y de cada morador un ciudadano y de cada ciudadano un hombre libre y de cada hombre libre un patriota contento de su patria y de la patria un espectáculo consolador para los hombres.

A pesar de ese optimismo, Hostos está consciente en que “de lo que es a lo que puede ser”, se podía ver en ese momento en la República un “abismo”. Sin embargo, piensa que se trata de “un abismo imaginario”, formado por la ignorancia. Su discurso como Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, pronunciado en septiembre de 1884, durante la investidura de los primeros maestros normalistas de la República se levanta sobre esa misma convicción.

En esa alocución que es una joya de elocuencia y de profundidad, Hostos llama la atención sobre el hecho de que en Santo Domingo, se habían intentado todas las revoluciones “menos la única que podía devolverle la salud”. De acuerdo con la lógica hostosiana, Santo Domingo “estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón”. Según Hostos:

Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulan en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un

orden y sistemas impedían que fructificara por completo su trabajo venerado.

Para Hostos la anarquía no es un hecho político, sino un estado social que estaba en todo: en las relaciones jurídicas de la nación, en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza. Precisamente por ello, para liberar a Santo Domingo de la anarquía era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios y un método razonado en la enseñanza. De igual manera, se necesitaba la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro en el propósito de la educación común:

El ideal de Hostos era: “formar un ejército de maestros que, en toda la República militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie”. Para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, Hostos creía que era indispensable que llevaran en la mente “una noción tan clara y en la voluntad una resolución tan firme, que cuanto más combatieran, tanto más los iluminaba la nación” y “tanto más estoica resolución los impulsara”. El propósito esencial de su enfoque era “formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana”.

Para ello, sin embargo, no bastaba ni “el amor a la verdad” ni “el amor a la justicia”, si éstos no estaban acompañados de la noción del derecho y el deber y de la determinación de extender prácticamente los principios naturales de lo moral desde el ciudadano hasta la patria y de ésta “hasta los hermanos en la humanidad”. A lo que Hostos aspiraba era a restablecer una organización docente que diera al dominicano no el contenido sino el esqueleto de la ciencia.

En otras palabras, aspiraba a “la razón educada”, a restituirle la salud a la razón en la República. Para Hostos, sin embargo, “la razón sana” no era la que funcionaba conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana en que él estaba, sino “la que reproduce con escrupulosa fidelidad la realidad objetiva y nos da o se da una interpretación congruente con el mundo físico”, “la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo”.

Para lograr ese propósito, no se podían dejar las cosas como estaban. Había que luchar contra “la viciosa educación intelectual” del sistema practicado en la República o lo que es igual tenía que enfrentarse al escolasticismo que todavía en aquel momento se empeñaba en “resucitar”. Esa “monstruosa educación de la razón humana” de los siglos medios en Europa y de los siglos coloniales de la América Latina, había logrado, según Hostos, vaciar la razón dejando como impuro sedimento las “cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino”.

La educación y la formación de los hombres

A lo que Hostos aspiraba era a formar hombres propios que fuesen dueños de ellos mismos, hombres pensantes, no hombres prestados, ni hombres pendientes siempre de la forma. En el racionalismo radical hostosiano, no había tampoco lugar para la “enseñanza empírica” o para la enseñanza clásica. La primera, sostiene Hostos, “prescinde de la razón”. Por eso no puede dirigirla. La segunda, según él, “la amputa”. Por eso no puede completarla. La primera “nos haría fósiles” y la vida, según Hostos, “no es un gabinete de historia natural”. La segunda, “nos haría literatos” y la vida según Hostos es un combate por el pan, por el puesto por el principio y es necesario enfrentarse a ella con estoicismo.

En este famoso ensayo, Hostos se refiere también a la Confederación de las Antillas como una asociación que es “más una confederación de entendimientos que de pueblos”. De igual manera, aunque se declara “el más egoísta de los reformadores” y afirma que su “más fuerte sostén ha sido el egoísmo” coloca a la plenitud de la verdad fuera del alcance de la conciencia individual.

Hostos concibe la conciencia individual como una que “siempre toma su fuerza en la inconsciencia circundante y a la conciencia humana como una que “toma fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica al individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, al hombre, a la humanidad”.

De acuerdo con Hostos:

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otros pasan por debajo precipitándose en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras; ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

En ese proceso en el que el individuo no desaparece, pero se aísla empobreciéndose intelectual y moralmente o, por el contrario, crece de una manera suprema interactuando constructivamente con sus semejantes, Hostos se adelanta a uno de los hallazgos fundamentales de la sociología del conocimiento y de la explicación luckaciana y goldmaniana de los procesos literarios y filosóficos: la diferencia entre la conciencia ordinaria y la articulación colectiva de la conciencia empírica de los grupos sociales que producen las grandes obras de la creación cultural, las verdaderas revoluciones y las transformaciones fundamentales para el desarrollo político intelectual y moral de la humanidad.

Para ilustrar en términos discursivo la fuerza y el dramatismo de ese proceso, Hostos recurre a la imagen de “la alpaca descarriada de los Andes” que se “encaminó tranquilamente a su destino” y alcanzó en un instante su “salvación” en el punto en que los seres mortales se entregan a “la extensión inmortal de la naturaleza”. Además de la imagen de la Alpaca heroica y serena ante la muerte, Hostos utiliza en este ensayo otro símbolo muy importante para resaltar la altura moral e intelectual que él le confiere a los logros de la Normal: la visión de la escuela como templo. El símbolo de esta idea es la imagen de una campesina dominicana que él presenta como “la personificación de la sociedad antillana” y quien al pasar frente a una escuela “se persigna, dobla la rodilla, se posterna, ora, se levanta en silencio, se retira medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo”.

La “pobre escualida” que de acuerdo con Hostos “quiere y no se atreve entrar en la confesión de la verdad”, es posiblemente una de las mejores ilustraciones de la famosa frase de Hostos: “Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiría el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado”.

Esta “apología de la verdad” que contiene este ensayo y con la que constantemente se le identifica es también un elemento constitutivo esencial del Discurso que pronuncia Hostos el 2 de febrero de 1886 en la Investidura de los Segundos Maestros Normalistas que se gradúan en la República Dominicana. En esta alocución Hostos pone, no obstante, el énfasis de su mensaje en el desarrollo de la conciencia humana a través de los diferentes siglos y civilizaciones y en el vínculo intrínseco entre la moral y la ciencia.

“La ciencia sin la moral” afirma Hostos “es vana ciencia». De acuerdo con este razonamiento, aunque la ciencia buscara sólo la verdad, encontraría también el bien porque existe un vínculo intrínseco entre la verdad y el bien. Hostos va más lejos aún. Según éste, “calumnian la ciencia los fervorosos partidarios de ella que la circunscriben a la búsqueda de la verdad”. Esto es así de acuerdo con Hostos porque “el propósito de la verdad es el orden” de la misma manera que “el orden es el propósito del bien”.

El vínculo entre el bien y la verdad está consignado en la última frase de este discurso en el que Hostos afirma:

¡Hijos de mi alma! ¡que la luz de la verdad os ilumine ¡que os eduque el espíritu del bien!

A pesar de esta vinculación, Hostos reconoce que “todo ha caducado en el mundo”. Es decir, piensa que al penetrar en el fondo de la humanidad la ciencia le ha pedido cuentas de los fines que le ha impuesto la naturaleza a creencias, costumbres, gobiernos, razas y glorias históricas. Lo único que ha sobrevivido, según Hostos, a la investigación científica es la moral. Esto es así porque para éste “el último fin de la ciencia es la moral”.

Su propósito es elevar el nivel de nuestra especie y fortalecer en cada ser pensante el hondo rendimiento de la dignidad humana. Precisamente, por ello Hostos piensa que:

Más alta que la verdad objeto de razón está la justicia objeto de la consciencia. Más alto que el sabio vive el justo, más alta que la ciencia es la moral. Si somos racionales es para que seamos responsables.

En el esquema hostosiano, cultivar la razón para aplicarla al mal es “el crimen más odioso que comete el hombre, pero es también su mayor falta de razón”. Como se puede ver, para Hostos “elevarse en la escala de los seres humanos para no tener conciencia de su altura es demostrar lo inmerecido de esa elevación”.

A diferencia de los positivistas, la objetividad que Hostos persigue no está exenta de valoraciones, sino completamente insertada en el compromiso con el desarrollo virtuoso y moral de la humanidad. Precisamente, por ello en su ciencia no hay cabida para la cosificación de la realidad que promueve Emile Durkheim. Se trata, por el contrario, de una ciencia humanista que funda su compromiso con la humanidad, con la razón y con la ciencia todo el contenido de su proyecto cognoscitivo y su vínculo con la historia y el cambio social.

Armado de esa verdad, nos dice Hostos:

el niño entra en la realidad al entrar en la vida, el adolescente busca el encanto de la realidad en donde antes buscara los espejismos de su propia fantasía; el joven mide la distancia que hay de la realidad al propósito de su existencia, y resta o divide, y se resigna y sigue tranquilamente su camino; la edad viril clasifica plácidamente sus proyectos nuevos y sus proyectos logrados, según los buenos o malos cálculos que basó en la realidad; y la edad senil contempla el principio y fin de su existencia como evoluciones necesarias que para nada tienen que perturbar su tranquilo descenso hacia la tumba, siempre que habiendo reconocido también como una realidad natural a su consciencia, no lo haya inquietado y perturbado.

El recorrido que hace Hostos por las edades, el cual va desde el nacimiento hasta la muerte, busca antes que nada, fundar el sentido de la existencia en la armonía del ser humano con la naturaleza. Se logra a través de la conciencia serena del individuo que ha hecho suya tanto en términos naturales como históricos la supervivencia y el progreso de la especie en todos los órdenes, pero sobre todo en el moral y está complacido por haber cumplido su deber.

De esa manera, Hostos responde a las preguntas que se hace al inicio de su alocución cuando plantea:

¿De qué armas nos proveeremos en el mundo para defendernos del asalto de tribulaciones que es la vida?

¿De las armas de la fe o de las armas de la duda? ¿De las que manejan el dolor y la injusticia? ¿De las que esgrimen el mal, o de las que el bien utiliza para el bien?

Estas interrogantes son de acuerdo con Hostos los términos extremos en que se plantea el problema de la educación ante el Estado, la familia y el alma racional de cada humano. Para responder a estas interrogantes, Hostos hace la diferencia entre la “fe ciega e ingenua como la infancia” y “la fe” que “es un servidor de multitudes y de edades”. El siglo diecinueve no era, según Hostos, un momento en el que había cabida para el primer tipo de fe. “El siglo en que vivimos” dice Hostos:

como el de Jesús, como el de Sócrates, como el de Budha, como el de Confucio, es siglo de renovación.

Para Hostos, ningún momento de renovación es compatible con la fe ciega e ingenua de la infancia. La fe que se necesita en esos momentos es la que dé luz y sirva para guiar las sociedades. En su Discurso de la Primera Investidura de Alumnos en el Instituto de Señoritas, Hostos se regocija de haber llevado a la práctica esa convicción cuando afirma:

Sois las primeras representantes de vuestro sexo que venís en nuestra patria a reclamar de la sociedad el derecho de serle útil fuera del hogar.

Para poder ser útil a la sociedad fuera del hogar, Hostos advierte a las graduandas:

No vais a ser la antigua institutora de la infancia que se acomodaba a la sociedad en que vivía, y, devolviendo lo que había recibido daba inocentemente a la pobre sociedad los mismos elementos de perturbación que siempre han sido la ignorancia, la indiferencia por la verdad y la justicia, la indiferencia con el mal poderoso y la complacencia con la autoridad del vicio.

La clase de mujer que Hostos quiere formar a través de la educación en el Instituto de Señoritas es totalmente diferente a la mujer niña e inocente de los románticos, o a la mujer sumisa, convencional e incapaz que deseaban los sectores tradicionales y el positivismo comptiano. Vais a ser -dice Hostos- la primera cosecha que sale de esa Institución:

Institutrices de la verdad demostrable y demostrada, formadoras de la razón sana y completa, escultoras de espíritus sinceros, educadoras de la sensibilidad para enseñarla a sólo amar lo bello cuando es bueno, educadoras de la voluntad para fortalecerla en la lucha por el bien; educadoras de la conciencia para doctrinarla en la doctrina de la equidad y la justicia, que es la doctrina de la tolerancia

y la benevolencia universal en cuanto somos hechuras del error, y la doctrina del derecho y de la libertad en cuanto somos entidades responsables.

En otras palabras, Hostos quiere producir a través de la educación una mujer completa, en igualdad de condiciones morales, intelectuales y profesionales con el hombre, una mujer que rompa con la función tradicional que la vieja sociedad le había acordado, quiere ayudar a que surja una mujer que “en vez de cerrar los ojos para no ver”, pudiese dilatarlos para penetrar en el fondo de la realidad. Desea forjar una mujer “abnegada” que reconozca la sociedad dominicana de esa época estaba desorganizada”, una mujer con plena conciencia de que estaba “condenada” a luchar con el medio social que existía en esos años en Santo Domingo. Se trata de una mujer dispuesta a reorganizar la sociedad, a reconstruir al cuerpo social que él considera enfermo y a aceptar como única recompensa la satisfacción de:

... haber regenerado con su ejemplo y su doctrina la patria desconocida de sí misma.

Para Hostos, en el fondo del caos que vivía Santo Domingo en esos años no había más que “ignorancia”. Por esa razón, piensa que “si la patria supiera de su fuerza y supiera dirigirla” lograría “inesperados prodigios” en el porvenir. Para el educador puertorriqueño, el Santo Domingo de entonces era “ignorante de sus fuerzas”. Por eso no podía aprovecharlas. A pesar de ese hecho, Hostos tenía mucha fe en el país porque según él:

Fuerzas físicas las tiene poderosas; fuerzas morales se las dará pujantes su encadenamiento al destino histórico que tan ciegamente ha desairado; fuerzas intelectuales las tiene tan vivaces que, aquí, lo profundamente interesante para el observador de sociedades es descubrir como un entendimiento social tan portentoso a podido ser o vencido, o postrado o desarmado.

Los responsables de esa situación eran de acuerdo con Hostos, “los burladores de la inteligencia nacional”, quienes a diferencia de la patria desconocedora de su fuerza, conocían muy bien sus capacidades malignas y “tan minucioso” que había dejado atónita a la historia dominicana. A pesar de ese hecho, Hostos tenía gran confianza en los “esfuerzos perseverantes” ya que en su opinión:

Con hojas podridas se hace una Isla. ¿Quién la hace? La fuerza perseverando. Con verdades se hace un pueblo. ¿Quién lo hace? La verdad apostolando”.

Para aprovechar las fuerzas que la patria ignoraba tener, Hostos piensa que primero hay que “revelárselas”. En segundo lugar, se debe “ordenarlas”. Y en tercer lugar, se requiere “devolverlas” a la nación. Para ello cuenta con los maestros y las maestras. De acuerdo con esta lógica:

Los maestros ya formados por la nueva doctrina son el presente; su lucha, su destino, su deber y su victoria es el

presente. La maestra es el porvenir. Ella habla hoy y se le escucha mañana.

Las maestras eran -de acuerdo con Hostos-, tres veces ungidas. Primero, por “el Santo Ministerio” de su sexo. Segundo, por “la Sacrosanta devoción de la verdad”. Tercero, por “el Augusto Sacerdocio del Magisterio”.

De los labios persuasivos de la maestra, el niño oye -según Hostos- para toda la vida la revelación de su destino y aprende para toda la vida que: el destino del género humano es producir la mayor cantidad de bien, la mayor cantidad de verdad, la mayor cantidad de armonía, la mayor cantidad de justicia.

Aunque el maestro es el presente y la maestra el porvenir ambos son, para Hostos, portadores de un mismo mensaje de mejoramiento, sembradores de la semilla de un mundo mejor, custodios del destino racional y del desarrollo moral del género humano. A pesar de que sus primeras experiencias en la enseñanza datan de los años setenta, la vocación pedagógica de Hostos adquiere sus contornos fundamentales en la década del ochenta. Santo Domingo fue en ese sentido, su laboratorio, el principal destinario de sus esfuerzos educativos y el marco de referencia fundamental para la educación de un mundo emergente en el que todo estaba por construir y todo debía ser repensado a partir de una nueva visión liberadora y racional del mundo que necesitaba urgentemente romper con el pensamiento retrogrado del pasado.

El esfuerzo sistemático de Hostos para desterrar el escolasticismo del pensamiento del nuevo mundo fue en ese sentido una lucha contra el colonialismo que España había dejado instalado como ideología en las cabezas de las primeras generaciones de latinoamericanos que alcanzaron la libertad. Por eso estrictamente hablando, Hostos fue en todos los sentidos un precursor de la “pedagogía de la liberación”.

La liberación a que Hostos aspiraba no era solamente política, era una liberación integral. Su principal componente era la educación porque la enseñanza era el instrumento para llevar a la razón a todos los lugares, a todas las capas de la sociedad y lograr por ese medio la igualdad política y económica y el mejoramiento social y personal. Por eso Hostos compara a los maestros y maestras con un ejército.

El magisterio era el ejército de liberación, no únicamente de Santo Domingo, sino de toda América Latina. Su misión era muy clara: liberar a toda nuestra región de la ignorancia y del pensamiento colonizado que se filtraba a través de la tradición y de los esquemas mentales pre-científicos que andaban en todas partes en la América Hispana para forjar una nueva sociedad.

Para alcanzar esa meta no bastaba forjar nuevos maestros. Había también que repensarlo todo. La religión, la sociedad, la política, la economía, la moral. Por eso simultáneamente con el establecimiento de Escuelas Normales y de Institutos de enseñanzas para ambos sexos y de la creación de la Escuela Nocturna para obreros durante la década de los ochenta, Hostos dictó en Santo Domingo a sus alumnos lecciones de Sociología y de Derecho

Constitucional, inauguró una Cátedra de Economía Política y publicó su libro sobre la Moral Social.

Detrás de todas esas actividades había un elemento en común: el deseo de desplazar una tradición intelectual basada en la fundación de la autoridad política y espiritual en el derecho divino, el respeto ciego de la autoridad y el sometimiento ante las desigualdades sociales. Hostos quería además, evitar que a través del caudillismo y las bajas pasiones se instalara el caos en la República. El elemento organizador de ese proyecto era una nueva lógica social comprometida con el cambio y fundada en una visión novedosa de los procesos intelectuales. La disciplina fundamental de ese nuevo armazón para la renovación cultural y política era, junto a la Pedagogía, la Sociología, cuyo programa intelectual había sido esbozado en 1820 y tenía como meta sentar las bases teóricas para una ciencia de la sociedad.

Referencias

Hostos, E. M. (1969). *Obras Completas*. San Juan: Editorial Coquí.